



EL SITIO DE BERLÍN

SUBÍAMOS por la avenida de los Campos Elíseos con el doctor V..., mirando las paredes agujereadas por las balas, las aceras hundidas por la metralla, cuando un poco antes de llegar al Arco de la Estrella el doctor se detuvo, y señalándome una de esas grandes casas que hacen esquina, tan pomposamente agrupadas alrededor del Arco del Triunfo:

—¿Veis, me dijo, ese gran balcón de cuatro huecos, los cuales se hallan cerrados? En los primeros días del mes de Agosto, de ese terrible mes de Agosto del año pasado, tan lleno de desastres, fui llamado allí para un caso de apoplejía fulminante.

Era en casa del coronel Jouve, coracero del primer Imperio, encaprichado de gloria y de patriotismo, y que desde el principio de la guerra había venido á instalarse en los Campos Elíseos.

Adivinad el por qué.

Pues para asistir á la entrada triunfal de nuestras tropas. ¡Pobre viejo! La noticia de lo de Wissemburgo le llegó cuando se levantaba de la mesa, y leyendo el nombre de Napoleón, cayó como herido por el rayo.

Encontré al antiguo coracero extendido cuan largo era en la alfombra de su habitación. Su faz estaba morada é

inerte, como si le hubiesen dado con un mazo en la cabeza.

De pie debía ser muy alto; acostado parecía un gigante.

Tenía hermosas facciones, dientes magníficos, una profusión de cabellos blancos muy rizados, y ochenta años que no parecían ni sesenta...

A su lado estaba arrodillada su nieta, llorando amargamente.

La joven se le parecía; viéndolos á ambos, uno al lado del otro, se hubiese dicho que eran dos hermosas medallas griegas acuñadas al mismo tiempo, sólo que la una estaba desgastada en sus contornos, mientras que la otra se había conservado limpia y resplandeciente.

El dolor de la niña me enterneció. Hija y nieta de soldado, pues su padre formaba parte del Estado Mayor de Mac-Mahon, la imagen de ese anciano cadavérico, tendido delante de ella, evocaba en su espíritu otra imagen no menos terrible.

La tranquilicé lo mejor que pude; pero, en el fondo, tenía muy poca esperanza, pues el anciano padecía una fuerte hemiplejía, y á los ochenta años raro es el que se salva. Durante treinta y seis horas, en efecto, el enfermo quedó en el mismo estado de inmovilidad.

Hallándonos en el día tercero, llegaron aquí, y os acordaréis de qué singular manera, las noticias de Reichshoffen.

Hasta la noche todos creímos en una gran victoria: que veinte mil prusianos habían sido muertos y el Príncipe Real hecho prisionero... No sé por qué milagro ó por qué corriente magnética, un eco de esa alegría nacional fué á buscar á nuestro pobre sordomudo hasta los limbos de su parálisis; lo cierto es que aquella noche, y al acercarme á la cama, no hallé al mismo hombre que dejé por la mañana. Los ojos estaban claros, la lengua menos torpe, tuvo la fuerza de sonreír y balbuceó dos veces:

—¿Vic... to... ria?...

—¡Sí, mi coronel, gran victoria!...

Y á medida que le iba dando detalles del hermoso hecho de armas de Mac-Mahon, sus facciones volvían á su estado normal y su mirada recuperaba su brillo...

Cuando salí, la joven me esperaba, pálida y sallozando, de pie delante de la puerta.

—¡Se ha salvado! la dije cogiéndola las manos.

La desgraciada niña, tuvo apenas el valor suficiente para responderme.

Acababan de poner los carteles de lo que verdaderamente había sucedido en Reichshoffen; Mac-Mahon en retirada y el ejército había sido deshecho...

Nos miramos consternados. Ella desconsolada pensando en su padre, y yo temblando acordándome del anciano, que con seguridad no resistiría á un nuevo ataque...

¿Qué hacer?... ¿Dejarle las ilusiones que le habían devuelto la vida?... Pero, entonces, era preciso mentir...

—¡Pues bien, mentiré!... me dijo la niña enjugando pronto sus lágrimas.

Y entró con la cara radiante de alegría en la habitación de su abuelo.

Engañar á aquel anciano era una ruda tarea. Los primeros días pase, pues el buen hombre tenía la cabeza débil y se dejaba engañar como un chiquillo. Pero con la salud, sus ideas se hicieron más claras y fué preciso tenerle al corriente del movimiento de

los ejércitos y redactar boletines militares.

Daba lástima, en verdad, ver á aquella hermosa niña inclinada día y noche sobre un mapa germánico, clavando banderitas y esforzándose en combinar una campaña gloriosa; Bazaine sobre Berlín, Froisart en Baviera, Mac-Mahon en el Báltico y así sucesivamente. Para todo esto me pedía consejo, y yo la ayudaba cuanto podía, pero el abuelo, sin darse cuenta de ello, nos servía de mucho en esa imaginaria invasión.

Había asistido á tantas batallas en Alemania durante el primer Imperio, que sabía de antemano todo cuanto las tropas tenían que hacer, y nos decía: «Ahora tienen que ir á... Esto es lo que tienen que hacer...» y como sus previsiones se realizaban siempre, el pobre anciano se llenaba de contento.

Desgraciadamente, por más ciudades que tomásemos y por más batallas que ganásemos, no íbamos bastante aprisa para él, pues era insaciable de gloria... Así es que cada día me anunciaban un nuevo hecho de armas.

—Doctor, nos hemos apoderado de Maguncia, me decía la joven con triste mirada, viniendo á recibirme, y oía detrás de la puerta una voz alegre que exclamaba:

—¡Esto marcha! ¡Esto marcha!... Dentro de ocho días entraremos en Berlín.

En aquellos momentos, los prusianos no distaban más que ocho jornadas de París...

Nos preguntábamos si no sería mejor llevarlo á provincias; pero tan pronto como saliera de París, el estado de Francia le daría á conocer nuestro engaño, y yo le encontraba todavía demasiado débil para exponerle á una recaída que le sería funesta. Decidimos, pues, no turbar su tranquilidad.

El primer día del sitio, recuerdo que fuí á verlos; estaba yo muy conmovido y angustiado por el cierre de las puertas de París, y por las batallas que se libraban ante sus muros.

Al llegar encontré al buen anciano sentado en la cama, lleno de regocijo y de orgullo.

—Vamos, me dijo; está ya empezado el sitio...

—¿Cómo, coronel, sabéis?...

—Su nieta se volvió hacia mí:

—Pues sí, doctor... Es la gran noticia del día... Ha empezado ya el cerco de Berlín.

Y decía esto tirando de la aguja con tanta tranquilidad, que era imposible que el anciano sospechara la menor cosa, pues no podía oír los cañonazos de los fuertes, ni ver al desgraciado París combatido y revuelto.

Lo único que veía desde su cama era un trozo del Arco del Triunfo, y en su habitación, todo cuanto le rodeaba, ayudaba bien á sostener sus ilusiones. En las paredes, cuadros de batallas y retratos de Mariscales, entre los que se destacaba el del Rey de Roma, niño todavía; las consolas, cuyos pies formaban trofeos, estaban cargadas de reliquias imperiales, medallas, bronce y hasta un trocito de roca de Santa Elena. ¡Bravo coronel!

Aquella atmósfera de victorias y conquistas era, aún más que cuanto pudiéramos decirle, lo que le hacía creer tan ingenuamente en el sitio de la capital de Prusia.

Desde aquel día nuestras supuestas operaciones militares se simplificaron mucho, pues tomar á Berlín no era ya más que cuestión de tiempo y de paciencia.

De vez en cuando, si el anciano se aburría demasiado, se le leía una carta de su hijo, falsa por supuesto, porque nada entraba ya en París y porque desde la derrota de Sedán el ayudante de Mac-Mahon estaba prisionero en una fortaleza de Alemania.

Figuráos el valor que tenía que desplegar esa pobre niña, que sabiendo que su padre, cautivo de los prusianos y enfermo tal vez, no podía escribir, tenía que fingir cartas alegres, si bien cortas, tales como puede escribirlas un soldado que se halla en campaña, yendo siempre adelante en un país conquistado. Algunas veces, falta de fuerzas ya, pasaban semanas enteras sin noticias; pero el anciano no dormía ni sosegaba un minuto. Una nueva carta llegaba entonces y la joven se la leía sonriendo, cuando tantas ganas tenía de llorar.

El coronel escuchaba con mucha aten-

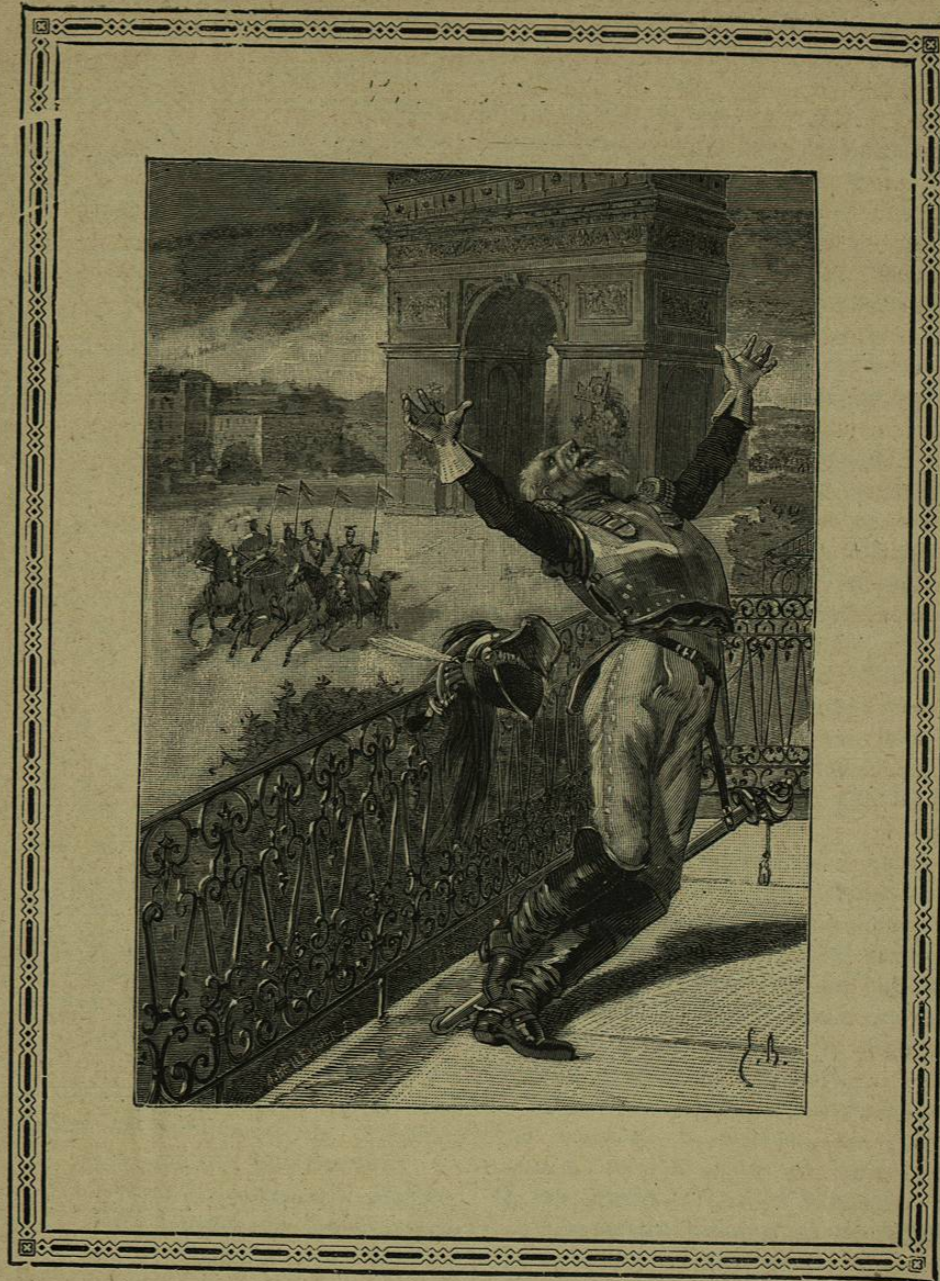
ción, sonreía, aprobaba, criticaba y nos explicaba las frases poco claras. Sus respuestas eran, sobre todo, dignas de oír: «No olvides nunca, decía á su hijo, que eres francés... Sé generoso para esas pobres gentes. Procura que la invasión no les sea demasiado penosa...» Recomendaciones que no acababan nunca, tiernos sermones sobre el respeto de la propiedad, los miramientos que se deben á las señoras, un verdadero código de honor militar para uso de los conquistadores, al que mezclaba también algunas consideraciones generales sobre política, sobre las condiciones de paz que debían imponerse á los vencidos, y respecto á esto debo decir que no era exigente.

—La indemnización de guerra, y nada más, decía; ¿para qué quitarles algunas provincias?... La Alemania no puede volverse Francia.

Y dictaba todo esto con voz firme, y se notaba en sus palabras tanto candor y tanto patriotismo, que era imposible no conmovirse escuchándole.

Mientras tanto, el sitio adelantaba siempre, mas no el de Berlín, ¡ay!... Habíamos llegado al tiempo de los grandes fríos, del bombardeo, de las epidemias y del hambre; pero, merced á nuestros cuidados, á nuestros esfuerzos y á la inagotable ternura que se multiplicaba á su alrededor, el sosiego de que disfrutaba el anciano no fué turbado un solo instante.

Hasta el fin pude proporcionarle pan blanco y carne fresca, si bien para él solo, y no podéis imaginaros nada tan conmovedor como esos almuerzos del abuelo, tan inocentemente egoístas; el anciano sentado en la cama, fresco y sonriente, con la servilleta atada al cuello, y á su lado su nieta, algo desmejorada por las privaciones, guiando su mano, dándole de beber y de comer aquellas buenas cosas, prohibidas á los demás. Después, animado por la comida y por el bienestar que experimentaba en esa habitación tan abrigada, el antiguo coracero recordaba sus campañas en el Norte y nos contaba por centésima vez esa siniestra retirada de Rusia, en la que no tenían para comer más que galleta helada y carne de caballo.



El coronel vacila y cae muerto.

—¿Comprendes tú eso, pequeña? ¡Comíamos carne de caballo!

¡Ya lo creo que lo comprendía! ¡Cómo que hacía seis meses no comía ella otra cosa!... Sin embargo, de día en día, y á medida que la convalecencia tocaba á su término, nuestra tarea se hacía más difícil. El entorpecimiento de sus sentidos y de sus miembros, que tan bien nos había servido hasta entonces para engañarle, empezaba á desaparecer, y como dos ó tres veces ya las terribles detonaciones de la puerta Maillot le habían hecho estremecer y aguzar el oído, nos vimos obligados á inventar una nueva victoria de Bazaine en los alrededores de Berlín, lo que explicaba las salvas tiradas en los Inválidos.

Otro día que, para distraerle, se había acercado su cama al balcón (era, si mal no recuerdo, el del ataque de Buzenval) vió á los guardias nacionales, que formaban en la Avenida de la Grande-Armée.

—¿Qué hacen allí esas tropas? preguntó.

Se contestó con una respuesta evasiva; pero comprendimos que en adelante tendríamos que tomar mayores precauciones. Desgraciadamente, no sirvieron de nada.

Una tarde, al llegar para ver á mi enfermo, la niña vino á mi encuentro y me dijo muy turbada:

—Mañana es el día señalado para la entrada de las tropas.

¿La puerta de la habitación del abuelo estaría abierta al hablar la niña y yo?... Lo cierto es que más tarde, pensando en esto, recordé que la cara del buen anciano tenía aquella noche una expresión extraordinaria; es probable, por lo tanto, que nos hubiera oído.

Pero nosotros hablábamos de los prusianos, y él pensaba en los franceses y en la entrada triunfal que esperaba desde tanto tiempo: Mac-Mahon, bajando por la avenida de los Campos Elíseos, cubierta de flores, en medio del sonido de las trompetas, su hijo

al lado del Mariscal, y él, el viejo, en su balcón, de gran gala como en Lutzen, saludando las banderas agujereadas y las águilas ennegrecidas por la pólvora.

¡Pobre coronel Jouvel! Pensó, sin duda, que queríamos impedirle que asistiera al desfile de las tropas para evitarle una emoción demasiado grande. Así es que se guardó muy bien de hablar con nadie de esa entrada; pero al día siguiente, á la misma hora en que los batallones prusianos entraban tímidamente en la larga vía que va desde la puerta Maillot hasta las Tullerías, una de las puertas de ese balcón se abrió suavemente, y el coronel apareció en él con su uniforme de antiguo coracero de Milhaud.

Estoy preguntándome todavía cómo tuvo la suficiente fuerza para ponerse en pie y vestirse sin ayuda de nadie; mas lo cierto es que estaba allí, detrás de la barandilla, admirándose al ver que las avenidas estaban desiertas, las persianas de las casas cerradas y París triste como un lazareto; por todas partes, banderas; pero tan raras, blancas con cruces rojas, y nadie que fuera al encuentro de nuestros soldados.

Pudo creer un momento que se había equivocado.

Pero no; allá, detrás del Arco del Triunfo, se oía un ruido confuso y una línea negra que avanzaba iluminada por el sol de Levante; luego, la punta de los cascos relumbraron, los tambores de Jena redoblaron, y debajo del Arco de la Estrella retumbó de pronto la marcha triunfal de Schubert.

Entonces, en medio del triste silencio que reinaba en la plaza, se oyó un grito, un terrible grito: «¡A las armas!... ¡A las armas!... ¡Los prusianos!...»

Y los cuatro hulanos de la vanguardia pudieron ver allá arriba, en el balcón, un anciano alto tambalearse moviendo los brazos y caer para no volverse á levantar jamás.

El ataque fué esta vez fulminante.



LOS ALDEANOS EN PARÍS DURANTE EL SITIO

Conocí en Champrosay una familia de aldeanos que era muy feliz; las ventanas de mi casa tenían vista á su corral, y durante la mitad del año, su existencia y la mía tenían alguna semejanza.

Mucho antes de que amaneciera, oía al hombre entrar en la cuadra, enganchar su carrito y partir para Corbeil, en donde iba á vender sus verduras; más tarde, la mujer se levantaba, vestía á los niños, llamaba á las gallinas para darlas su pitanza, ordeñaba la vaca, y durante toda la mañana era un subir y bajar continuo por la escalera de madera.

Por la tarde, al contrario, todo quedaba en silencio, pues el padre se iba al campo, los niños á la escuela y la madre se ponía á lavar en el corral ó á coser delante de la puerta, cuidando al mismo tiempo del pequeñuelo. De vez en cuando alguien pasaba por el solitario camino y entonces charlaba un rato, no dejando por esto de tirar de la aguja.

Un día, jera á fines de Agosto... siempre el mes de Agosto, oí á la mujer que decía á una vecina:

—¡Dejadme en paz con los prusianos, que ni siquiera habrán pisado todavía el suelo francés.

—¡Están en Chalons, tía Juana! le grité desde mi balcón.

Esto la hizo reír.

Es que en aquel rincón del departamento de Seine y Oise, los aldeanos no creían en la invasión.

Y, sin embargo, se veían todos los días pasar carros cargados de muebles. Las casas particulares se cerraban todas, y en ese mes, en el que tan largos son los días, los jardines, llenos de flores, estaban tristes y desiertos.

Poco á poco mis vecinos empezaron á alarmarse al ver que varios de los habitantes del pueblo se marchaban, y luego, una mañana, el pregonero leyó una orden de la alcaldía que mandaba se vendiese todo el ganado, para que los prusianos no se apoderasen de ello.

El hombre cogió su vaca y se marchó con ella para venderla en París.

Fué un triste viaje.

Por todo el camino no se veían más que carros de mudanza, que iban en fila mezclándose con rebaños de cerdos y de puercos que se asustaban de

las ruedas, ó de bueyes trabados que mugían sin cesar; y en las orillas, gentes pobres que caminaban á pie detrás de carritos llenos de muebles antiquísimos, que sólo Dios sabe desde cuántos años no se habían movido del sitio que dejaban vacío ahora, con gran dolor de sus dueños.

En las puertas de París, mi vecino tuvo que esperar dos horas; tanta era la afluencia de gente que se refugiaba en la capital.

Durante ese tiempo, el pobre hombre, oprimido contra su vaca, miraba asustado las troneras por donde asomaban los cañones, los fosos llenos de agua, las fortificaciones muy altas ya, y los árboles derribados y marchitos en la orilla del camino.

Por la noche volvió consternado á su casa, y contó á su mujer cuanto había visto.

La pobre tía Juana quiso partir al día siguiente, pero un día por otro la marcha se retrasaba. Tenían que labrar una tierra, que recoger alguna fruta, ¡y quién sabe si no podrían vendimiar! Luego conservaban tal vez en el fondo de su corazón una vaga, aunque vana esperanza, de que los prusianos no pasarían por su pueblo.

Una formidable detonación los despertó una noche; el puente de Corbeil había saltado y los hombres del lugar corrían por las calles llamando á todas las puertas y gritando:

—¡Los hulanos! ¡Los hulanos! ¡Sálvese quien pueda!

Se levantaron apresuradamente, vistieron á los niños medio dormidos, engancharon el carro y echaron á andar por un camino de travesía, seguidos por algunos vecinos.

Al concluir de subir la cuesta, el reloj de la iglesia dió las tres y se volvieron para mirar por última vez el pueblo, que se perdía de vista entre las densas brumas de la madrugada.

Ya en París ocuparon dos reducidas piezas de un cuarto piso en una calle muy triste.

El hombre no sentía mucho la mudanza; había encontrado trabajo, además era guardia nacional, y todas esas ocupaciones le aturdián, y le hacían ol-

vidar su guardilla medio vacía y sus prados sin sembrar.

La mujer, por el contrario, estaba desconsolada, se fastidiaba y no sabía qué hacerse. Sus dos niñas mayores iban á la academia, y allí, sin un jardín en donde esparcirse las dos muchachas, se ahogaban y recordaban el lindo convento del pueblo tan alegre, y la media legua á través del bosque que tenían que recorrer para llegar á clase. La madre sufría al verlas tan tristes, pero el pequeñito, sobre todo, la tenía muy inquieta.

Allá en el pueblo, iba, venía, la seguía por todas partes, en el patio, en la casa, saltando el escalón del umbral tantas veces como ella, mojando sus manitas en la tina de lavar, sentándose al lado de la puerta cuando hacía media para descansar. Aquí tenía que subir cuatro pisos por una escalera oscura en la que tropezaba á cada escalón, y luego las ventanas del cuarto eran tan altas, que no dejaban ver más que un pedazo, muy pequeño, del cielo.

Y si bien aquella casa tenía un patio en el que los niños podrían jugar, la portera no lo permitía. Esta es otra de las invenciones de las ciudades, ¡los porteros! En los pueblos cada cual es dueño de su casa, y tiene su rincón, que no necesita cancerbero. Durante el día la puerta queda siempre de par en par, de noche se empuja un grueso pestillo de madera, todos los vecinos se echan á dormir á puerca suelta, y si bien algunas veces el perro ladra, nadie se incomoda ni se levanta.

En las casas pobres de París, como de todas las grandes poblaciones, los porteros son los verdaderos dueños.

El pequeñuelo no se atrevía á bajar solo, tanto miedo tenía á la portera, que les había obligado á vender su cabra, con pretexto de que llenaba de paja y mondaduras de patatas el patio.

Para distraer al niño, que se fastidiaba y se desmejoraba de día en día, la pobre madre no sabía ya qué inventar, y tan pronto como acababan de comer, le abrigaba como si fueran al campo y

le paseaba por las calles y los boulevares; pero el niño apenas miraba á su alrededor: sólo los caballos le interesaban, pues es la única cosa que conocía y que le hacía reír.

La madre no tenía gusto para nada, andaba maquinalmente pensando en su casa, en sus tierras, y cuando se los

veía pasar á los dos, ella con su aire honrado, sus vestidos limpiísimos y sus cabellos sin adornos de ninguna especie, el pequeñuelo con su cara redonda como una manzana y sus zapatos, se adivinaba que eran desterrados, que echaban de menos el aire puro y la soledad de los caminos rurales.

FIN DEL CUADERNO SEGUNDO

ÍNDICE

	Páginas.
El fotógrafo.....	5
Salvette y Bernardou.....	8
Las estrellas.....	13
La langosta.....	18
La marcha furtiva.....	21
La visión del juez de Colmar.....	33
El niño espía y traidor.....	36
El abanderado.....	43
Las madres.....	49
El sitio de Berlín.....	54
Los aldeanos en París durante el sitio.....	60